

BARCELONA

Conozco tres sistemas utilizables para el viaje de Madrid a Barcelona. Dos terrestres: en automóvil o tren, por carretera o vía férrea, respectivamente; y uno aéreo: avión, volando. La vía marítima-fluvial no se emplea por ahora, que yo sepa, por falta de afán aventurero, indudable, de los presuntos viajeros. Resulta apasionante pensar en, tras embarcar en el Manzanares en el Puente de Segovia, por ejemplo, atracar frente al monumento a Colón, después de haber hecho escala en Toledo, Lisboa, Puerto de Palos, Málaga, Cartagena y Castellón. Cuando se lleve a efecto el trasvase Tajo-Segura, y pese a que sea necesario ir contra corriente por el Tajo hasta Bolarque, la ruta acuática resultará más cómoda y corta. Es posible que por algunos se consideren fantásticas estas consideraciones. Yo me remito a los escritos de don Julio, y me refiero a Verne, para apoyar la posibilidad futura del viaje marítimo-fluvial entre Madrid y Barcelona.

El viaje en avión es el más rápido y, consecuentemente, el menos entretenido. Entre abrochar y desabrochar los cinturones de seguridad, leer la Prensa que generosamente se nos brinda, acomodarse psíquicamente al vuelo, que siempre produce cierto respeto..., cuando nos queremos dar cuenta el viaje ha terminado. Creemos ver una perspectiva aérea de las Torres Blancas de Saenz de Oiza, y resulta que lo que está debajo es la Ricarda de Bonet, y habíamos confundido el pinar del Prat con el de la Alameda de Osuna.

Son muy distintos los Aeropuertos—que-

remos decir las estaciones terminales de los Aeropuertos—de las dos ciudades. Para qué vamos a ocultar que encontramos mucho mejor la de Barcelona, más diáfana, funcional y, estéticamente, más a nuestro gusto. Ocurre que en el Prat el viajero se encuentra en un ambiente que no puede ser otro que el de un aeropuerto. Prueba de ello es la sensación de sanatorio que claramente se percibe, sensación tan genialmente captada por Tati en *Play Time*. Sin embargo, en Barajas la decoración recargada, los elementos estructurales, muy profusos, y demás nos recuerdan, en seguida, a una sala de fiestas, pongamos Pasapoga como arquetipo.

En tren, ahora, el viaje entre Madrid y Barcelona es muy cómodo y rápido, ya sea nocturno o se realice durante el día. De noche, acogiéndose a la hospitalidad de la "Cía. de los Grandes Expresos Europeos", y de día, utilizando cualquier tren ligero: Talgo, Ter o similar. De noche no perdemos nada de nuestro tiempo de trabajo, ya que se sale muy tarde y se llega muy temprano, y no creo que haga falta más explicación sobre los horarios; de día, en cambio, perdemos unas horas. ¿Perdemos o las ganamos? Para mí que se ganan. La variedad paisajística de nuestra vieja piel de toro se manifiesta en todo su esplendor en este recorrido. Las riberas del Henares y el Jalón, la Alcarria que interpretó Zuloaga, la soledad de los Monegros, el Cinca y el Segre, el Mediterráneo y Garraf, si no nos dormimos, todo pasará ante nuestra vista como una colección fantástica de diapositivas...

También el viaje por carretera tiene sus

alicientes. Han mejorado muchísimo nuestras carreteras, y resulta ahora un placer su utilización. Del paisaje ya hablamos, aunque ahora resulta más difícil su contemplación, principalmente para el que conduce. Pero se pueden hacer las oportunas paradas y desvíos. Podemos visitar el monasterio de Santa María de Huerta, la catedral de Lérida, el Ayuntamiento de Cervera... Sí, el viaje puede resultar instructivo.

Me doy cuenta de que quizá me he extendido en demasía divagando sobre el viaje, en vez de hacerlo sobre la ciudad condal, en donde estuve durante cuatro días, hace poco. De todas maneras, no creo que venga mal, ya que puede ayudar a romper la pereza de algunos y sirva para que los madrileños viajen hasta Barcelona, y viceversa, con más frecuencia. Porque resulta que el desconocimiento mutuo—hablo en términos generales—es enorme. Parece como si existiesen celos mal reprimidos o generalidad en el razonamiento aldeano de que lo nuestro es lo mejor y no hay nada que aprender, o admirar, fuera. Creo que Madrid es una ciudad digna del interés y conocimiento de los barceloneses, y que Barcelona debe ser comprendida y visitada por los madrileños. Deben nuestros amigos de Barcelona darse, de cuando en cuando, una vuelta por el Rastro, y debemos los madrileños frecuentar las audiciones matinales domingueras de sardanas en la Plaza de Cataluña. No hay más problema que el económico, el tiempo que se pierde o las incomodidades del desplazamiento; ya hemos visto que son mínimos.



Digamos, ya va siendo hora, que nos trasladamos a Barcelona para ver la exposición de Joan Miró. No hay que poner cara de extrañeza, porque es común y corriente desplazamientos por otros motivos, por ejemplo, un partido de fútbol, y a nadie, que yo sepa, le choca. El caso es que a Miró se le rendía un homenaje en su natal ciudad con una exposición antológica muy importante. Nosotros, que no habíamos visto más que en reproducciones su obra, decidimos aprovechar la ocasión. Se ha dicho que es posible que después se traiga la muestra aquí, a Madrid; pero por si acaso. Además, nos gustaba ver la cosa en su salsa, y

nos pasábamos cuatro días de asueto en Barcelona, lo cual no es ninguna tontería.

El viaje lo hicimos utilizando alguno de los sistemas a que antes me he referido y cuya puntualización, ahora, no hace al caso.

Vamos primero con la exposición, motivo de nuestro desplazamiento, y después daremos algunas impresiones de nuestro deambular por las calles de la ciudad; deambular, que no es por nada, nos llevó un día, en sosegado paseo, desde la estatua de Colón, en el Puerto, hasta nuestro alojamiento, Vía Augusta arriba, por el siguiente itinerario: Ramblas, Plaza de Cataluña, Paseo de Gracia, Diagonal, Tuset, Parque Turó, Juan Sebastián Bach, Ganduxer... En fin, unos cuantos kilómetros que cumplimos deportivos y felices, sin automóvil propio que aparcar a maro.

La exposición estaba instalada en las salas del Hospital de la Santa Cruz y de la Biblioteca Central. El conjunto de estos edificios es hermosísimo, y a las distintas salas donde se colgaban las obras se accedía desde los jardines de los patios interiores. El recorrido era delicioso, y la instalación, un acierto total. Entrando por la calle paralela a la del Hospital, y cuyo nombre olvidamos, nos encontrábamos con las dos primeras salas, a derecha e izquierda de la entrada, en las que se reunían las primitivas y las últimas obras, pictóricas en su mayoría, del artista. Pasando ya a los jardines, podíamos llegarnos hasta la capilla del antiguo Hospital de la Santa Cruz, donde admirábamos algunos cuadros recientes y las esculturas *L'ocell de la lluna* y *L'ocell del sol*, que Miró ha donado a la ciudad de Barcelona, que se posarán en el parque Cervantes, en la parte alta de la Diagonal. De nuevo en el patio, subíamos a la primera planta. En una galería abierta, una serie de esculturas policromas que producían la hilaridad de los jóvenes visitantes, de los que luego hablaremos. Litografías, carteles, libros... En total, 174 obras de pintura y dibujo, 34 esculturas, 29 cerámicas, 122 grabados, 17

libros y 20 carteles. Si hacía poco no la conocía, ahora había unido a la reproducción o el comentario la visión real y concreta de la obra del genial artista. Ante la obra de Miró se tiene el convencimiento de encontrarnos ante el creador genial, situado en el polo opuesto del farsante. Algunos de sus grandes lienzos son, verdaderamente, emocionantes. Walter Gropius lo califica como "the great magician who has created exuberant joy of life"; dice Eduardo Chillida: "Joan Miró: imaginación y sorpresa desde Cataluña"; José Luis Sert afirma: "Ha construido un gran pont que lliga el cel i la terra, l'estel i la pedra al marge del camí"; Emilio Vedova ve en su obra "la forza mediterranea originaria—pánica, aggressiva—della Spagna"; Antonio Saura reconoce: "Pocas obras, como la suya, tan luminosas y abridoras de caminos..." Una niña de como ocho años le decía a una amiga, delante de un fenomenal lienzo, por el tamaño y la calidad, de Miró:

—Esto lo sabe hacer mi hermana la pequeña...

—Sí; pero no sabe por qué lo hace...

Me parece que en esta respuesta infantil, cazada al vuelo, hay, como decía aquel castizo, "mucha filosofía", y que ahí está precisamente la mayor parte del busilis del arte de tantos buscadores y descubridores de caminos, entre los que ocupa un lugar señero Joan Miró.

Antes de dejar el tema de la exposición quiero repetir que la instalación era inmejorable, por la variedad de criterios seguidos en la colocación de las obras, utilizando el más acertado en cada caso; por la luz, el contraste entre cuadros y muros. La obligada salida al aire libre para pasar de unas salas a otras era también un acierto positivo. Entre Miró y Miró pudimos emocionarnos al leer en una lápida colocada en el muro: "En este santo edificio murió cristianamente, el 10 de junio de 1926, el genial arquitecto Antonio Gaudí Cornet." Pero hay una circunstancia que para mí es muy importante y conviene subrayar. El organizador ha sido el Ayuntamiento de Barcelona y todas las salas donde se realizó la exposición pertenecen al Municipio de la ciudad condal, y en ellas se desarrollan normalmente deter-

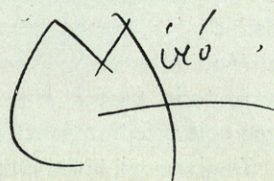
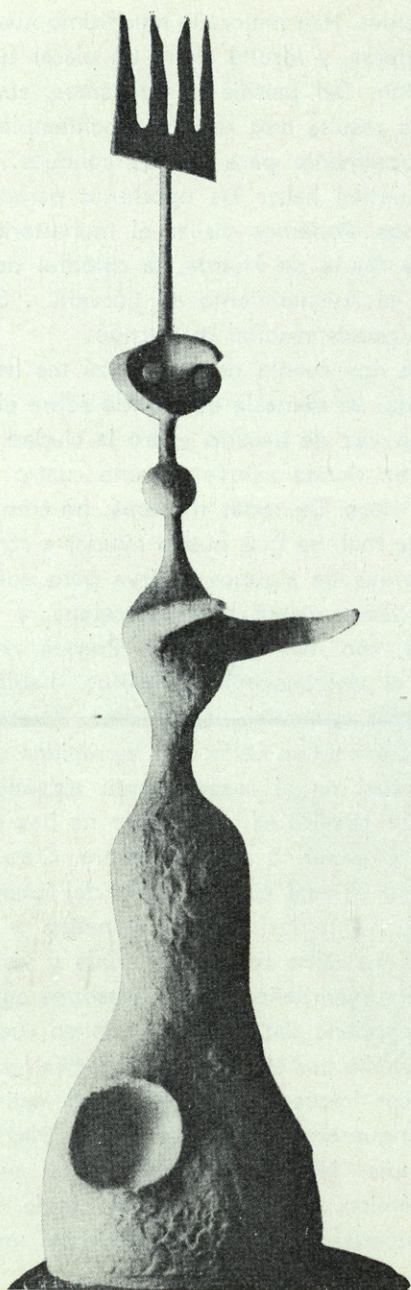


Foto cortesía Destino.





minadas funciones culturales: biblioteca, sala de música, archivo, salas de exposición, etc. Ya sabemos que todas las comparaciones son odiosas, pero el caso es aleccionador y demostrativo de que, a la vez que se procura encauzar la circulación de automóviles y su aparcamiento, pueden no olvidarse otras actividades que dan prestigio y altura a las ciudades y a las personas que las rigen.

Empecemos, desordenadamente, como es nuestro talante, a contar "lo que hemos visto" en Barcelona, además de las obras de Miró.

Hemos visto muchos niños y muchas palomas. Palomas urbanas, no solamente en la Plaza de Cataluña, sino, además, en muchos puntos de la ciudad; y niños en comunidad camino de la exposición de Miró o de la feria de objetos navideños de la catedral. Se veía que desde las escuelas y colegios los llevaban a ambos lugares. Los chicos, en algunos casos y seguramente para evitar pérdidas, iban fuertemente agarrados cada uno al abrigo del compañero de delante, formando unos gigantescos ciempiés infantiles, muy divertidos.

Nunca habíamos estado en Barcelona en fechas prenavideñas, así es que no conocíamos este ambiente de los alrededores de la catedral. A nosotros nos gustan mucho estas cosas tradicionales, populares y callejeras de las ciudades, así es que nuestra opinión puede ser que resulte excesivamente entusiasta y parcial. Los ámbitos urbanos que rodean a la catedral estaban invadidos por una exhaustiva y muy completa zona comercial, espontánea y a la vez—una de sus virtudes—muy bien organizada. Abundancia de ramas de pinos y otras coníferas de los cercanos Pirineos, que difundían un olor a resina y monte, dando la sensación que, de un momento a otro, iba a aparecer un payés con su cesta buscando "robellons". Grandes cantidades de musgo, acebo, muérdago y piñas. Ramas *ad hoc* desnudas y aptas para su posterior decoración navideña. Si pasamos al tema de figuras y elementos de los más variados para la confección de nuestro Nacimiento, en Cataluña Pessebre había de todo y no faltaba de nada; no en balde los catalanes son maestros y aficionadosísimos a este tradicional arte menor. Había mucha animación, y las vendedoras

estaban muy contentas porque, por fin, habían conseguido del Municipio que no se les subiese el canon, que se mantenía en una cantidad casi simbólica. El permanecer allí, sin prisa ni rumbo fijo, era para nosotros una delicia.

Rodeados de ramas de pinos, globos y vecinos barceloneses, podíamos ver el ya clásico, así nos parece, edificio del Colegio de Arquitectos, con los grafismos de Picasso y su escueta composición arquitectónica. La sede del Colegio está cada día más ambientada y mejor insertada en el conjunto urbano, resultando fallidos los agoreros juicios de algunos sobre su inadaptación. Paseando, podíamos admirar todo el conjunto de murallas y adentrarnos en el barrio gótico, si nos parece, de la mano de la Guía de Carlos Flores. Esta publicación de nuestro admirado compañero es utilísima para aquel que quiera empezar a conocer la arquitectura, tan varia e interesante, de Barcelona. En el barrio gótico dedicamos un caluroso recuerdo a nuestro compañero, recientemente desaparecido, Adolfo Florensa, a quien tuvimos la fortuna de conocer en Madrid con motivo de la amenísima conferencia que pronunció durante la exposición de Antonio Palacios. Pero en este viaje casi no le hemos dedicado atención al barrio gótico, así es que dejémosle. Tampoco hemos ido a la calle de Montcada hasta el Museo Picasso, como otras veces; ahora con Miró teníamos suficiente y con alguna exposición individual que cogiese de paso, como la de Grau-Sala en la calle de Petritxol. Esta callecita de Petritxol es verdaderamente extraordinaria. Está bajando por las Ramblas a mano izquierda, corre sensiblemente paralela a ellas y va desde la calle de Puerta Ferrisa a la plaza del Pino, si no me equivoco, que escribo en Madrid lo que recuerdo. Es sólo para peatones y de anchura conveniente, para que nos sintamos a nuestro gusto en un espacio humano. Las distintas casas se alinean con una cierta irregularidad, que conviene para dar mayor jugosidad al conjunto. Los vecinos, parece, están asociados y cuidan de la conservación y ornato de su calle. Cerámicas con aleluyas en las fachadas, flores y plantas y gran limpieza. El comercio es variado y puesto con buen gusto y sin excesos. Precisamente ahora ha remozado su instalación un relojero,





que tiene una tienda pequeñísima, y lo ha hecho con un criterio estético muy actual, pero que no desentona en absoluto. Hay varias salas de exposiciones de arte, algún anticuario, librerías, perfumería y una pastelería, que para nosotros es el equivalente al horno de la calle del Pozo, de Madrid. Ahora la calle estaba adornada con motivo de la Navidad y se había echado el resto en los elementos verdes y arbóreos. En realidad, parecía que nos encontrábamos en un sendero forestal pirenaico. Posiblemente con el tiempo se nos pase, pero ahora no faltamos nunca a nuestra cita con la calle de Petritxol... ¡Qué le vamos a hacer!

Ya que estamos por esa zona, podríamos dar una vuelta por el Mercado de San José. Está bajando por las Ramblas, a mano derecha, antes de llegar al Liceo. Este mercado es fenomenal; hay, según se entra, un par de puestos de frutas y verduras, inimaginables. Con gran variedad de productos colocados de la manera más artística y llamativa que se pueda pensar. Pero es que después, si seguimos adelante, nos encontraremos con la zona del pescado y los mariscos, que es fascinante y de lo mejor que he visto en este género. Se compra desde una corona circular, que tiene cuatro accesos simétricos a los puestos, situados en un círculo interior, y en otra corona exterior a la citada. La iluminación artificial es muy fuerte y blanca; la limpieza, apreciable; el hielo abunda, y el pescado, variadísimo, está artísticamente dispuesto sobre verdes hojas de col o lechuga. El efecto colorístico es importante y muy bello. No sé si se lo he oído a alguien, pero si no es igual, lo digo yo ahora: los mercados son uno de los lugares donde puede gozarse con más fuerza con composiciones de color espontáneas, de gran belleza y originalidad.

Ya dijimos antes que un día nos fuimos andando desde el Puerto hasta casi Sarriá. En el Puerto acabábamos de desembarcar de un minicrucero hasta la Escollera. Aquí no son palomas y halcones; *Palomas* y *Golondrinas* son los nombres de los vaporcillos que van y vienen. El Puerto está en gran auge y a las obras del Puerto Franco se unen otras en diferentes zonas. Tuvimos la suerte de ver, por fuera, al *Andrea Doria*, trasatlántico italiano de impresionante aspecto para un hombre del interior, como quien

suscribe. Por allí también andaban correteando los remolcadores, bautizados con nombre de monte: *Montseny*, *Montjuich*, *Montserrat*, y pintados con negro, ocre y blanco, en armoniosa combinación.

No cabe duda que la vía urbana que va desde el Puerto de Barcelona a la Plaza de Cataluña, y el avisado lector se habrá dado cuenta en seguida que me refiero a las Ramblas, es de una importancia, categoría y singularidad excepcional. Son de esas cosas que salen así, no hay que darles vueltas. Lo mismo que el eje Prado, Recoletos, Castellana de nuestro Madrid, que ahí está todavía. Claro que he dicho todavía, lo que indica el temor de que acabe desapareciendo con las nuevas construcciones, los pasos elevados y demás cosas que inevitablemente se avecinan: estacionamientos subterráneos, desaparición de arbolado, etc. Los casos son muy distintos, ya me doy cuenta; cada ciudad y cada calle es un caso singular y subjetivo; en Madrid tenemos al principal eje del desarrollo de la ciudad actual, y en Barcelona, en cambio, se trata de un paseo al margen de las nuevas extensiones. Pero quizá por eso vemos a las Ramblas igual que siempre, o, mejor, con los arreglos del pavimento del paseo central y el cuidado con que están tratando los árboles con la ampliación de los alcorques. Ahora se ve claramente que en Barcelona han dicho: "Primero, las Ramblas, y después todo lo demás: circulación, problemática urbana, etcétera."

Naturalmente que nos dimos una vuelta por la calle de Tuset. Tanto habíamos oído hablar de ella que nos consideramos obligados, cosas de la publicidad más o menos agresiva, a visitarla. La calle es corta y ancha, y las aceras, en algunas zonas, amplias. Nuestra estancia fue a horas seguramente poco acertadas para poder verla en su ambiente. Creo recordar que tomé una cerveza con un pincho de tortilla de patatas en el "Pub", cuando lo suyo, está claro, es acudir a horas en que lo que apetezca sea el *whisky* o el *gin-tonic*. En la "Cova del drac" no había un alma y el "Snob" empezaba a poblarse. En una tienda de *posters* compré el de la *pop girl*, que llevaría a Madrid como regalo de Reyes para mi sobrina. Entrando por la Diagonal hay una peluquería muy bien puesta y con las butacas colocadas ha-



cia el centro contra una línea quebrada de espejos. Ya volveremos en otra ocasión para ver esto en su ambiente, si es que dura; esta vez habíamos fallado y nos marchamos sin conocer el show de la calle, según dicen, más pop del Barcelona in.

Y ya que hemos mencionado a la Diagonal, digamos que en la plaza de Calvo Sotelo están apareciendo una serie de desordenados volúmenes alrededor de unos grandes almacenes y del llamativo edificio de una compañía de Seguros. Claro, ahora nos damos cuenta, esta avenida es el equivalente a nuestro eje de la Castellana, y también aquí cuecen las correspondientes habas. Por cierto, es curioso, la Diagonal, más arriba, se dedica a partir en dos la Ciudad Universitaria de Barcelona, del mismo modo que ocurre en la Moncloa con el acceso a Madrid de la carretera de La Coruña.

El Parque Turó está muy bien cuidado y tiene un hermoso bosque de encinas. Detrás, muy cerca, hay otra calle singular de Barcelona: la calle de Juan Sebastián Bach. Es calle corta y con edificios de vivienda de los que se llaman "residenciales". Algunos de ellos son ostentosos y de arquitectura fatua. Pero también en esta calle se encuentran una casa de Coderch y dos de Bofill, dignas de ver y, en su diversidad, admirables. El comercio de la acera de la derecha es de calidad, y el arbolado, con esa variedad en las especies cuya utilización tan acertadamente se prodiga en la ciudad. En efecto, resulta corriente ver alineaciones arbóreas formadas por ejemplares de distintas especies, y así podemos ver, junto al pino, la encina, el álamo el negundo o el chopo. Los pequeños jardines urbanos barceloneses, que se cultivan aprovechando cualquier plazuela o enclave urbano apto para el caso, son bellos, abundantes y con gran variedad en las especies que lo forman y en sus trazados. El suave clima mediterráneo ayuda a la abundancia de plantas, en floración casi todo el año. Muy cerca de Pedralbes, pasada la Ciudad Universitaria, de muy reciente creación, sobre un terreno con gran desnivel se encuentra el Parque Cervantes, donde se colocarán los dos grandes y misteriosos pájaros de Miró.

Un poco más abajo, al otro lado de la avenida y cerca del Nou Camp azulgrana,

se encuentran las Torres Trade, conjunto de edificios para oficinas original de J. A. Coderch, hoy en plena construcción. Una de las torres, ya concluida, empezaba a ocuparse por esos días. Se trata de un proyecto ambicioso y audaz, de cuidado diseño, en el que fácilmente se aprecia la mano de un gran arquitecto. En las lunas del sinuoso cerramiento exterior se reflejan las fachadas de los edificios vecinos, que adquieren caprichosas formas, variables con nuestro andar. Los automóviles, y nosotros mismos, nos movemos por la fachada, saltando ágilmente, como en una extraña carrera de vallas, por encima de los elementos verticales de aluminio. Las zonas de jardín componen, en las lunas de la planta de semisótano, inesperadas composiciones cromáticas, en las que el verde juega perfectamente con las tonalidades azulado-violáceas del conjunto.

Me parece la mejor manera de rematar estas impresiones, sobre mi corta estancia, con las que me produjo la audición de sardanas dominical de la Plaza de Cataluña. Tuvimos la suerte de contemplar la pugna que, a los acordes de la Cobla Badalona 11, mantuvieron entre sí varias juveniles "collas". Nostra Ensenya, Flames Noves, La Moreneta, Pedra Força, Vallvidrera, Recordança, Tramuntana..., con sus estandartes, portados por niñas de corta edad, ocuparon el centro de la Plaza mientras las palomas comían de la mano de los recogijados turistas.

Sentados en cómodas sillas de madera, algunos leían plácidamente al sol los diarios. A la vez, y animados por el metal de la cobla, círculos espontáneos de bailarines

de todas edades y clases sociales ampliaban el número de los danzantes. Las ropas de abrigo y los bolsos de las señoras formaban grandes pirámides en los centros de cada grupo. El baile se llevaba por parte de todos con gran seriedad, compostura y gracia. Junto a la minifalda, la falda negra larga de la sesentona entusiasta. Atentos al, para nosotros, nuevo espectáculo, no veíamos la catastrófica arquitectura bancaria de la Plaza. Ya dijimos que somos aficionados a los espectáculos urbanos al aire libre; el que contemplamos era muy singular. En el punto de más categoría de una ciudad millonaria en habitantes sonaban los acordes de una música folklórica y tradicional y grupos de vecinos se aplicaban en bailarla. El hecho nos pareció edificante, digno de encomio y, verdaderamente, admirable.

Cuatro días en Barcelona no son muchos, ciertamente. Pero algo es algo. De este modo iremos conociendo, poco a poco, a esta ciudad. Ahora, por vez primera, en estas vísperas navideñas en las que se engalana con extraordinario lujo eléctrico. El viaje, aparte el conocimiento directo de la obra del pintor de los extraños pájaros, hizo que junto al portal del Nacimiento, en un hogar madrileño, se pudiese oír, junto a los de siempre, el tradicional villancico:

El vint-i-cinc de Decembre,
fum, fum, fum;
el vint-i-cinc de Decembre,
fum, fum, fum,
ha nascut un minyonet,
ros i blanquet,
ros i blanquet,
fill de la Verge Maria
n'es nat en una establa,
fum, fum, fum.

